

COMENTARIO A LA PONENCIA "EL PERFIL PROFESIONAL DEL EDUCADOR CATOLICO"

Por Carlos Dobal

En la ponencia del Rector de la Universidad Católica Madre y Maestra hemos espigado algunas importantísimas ideas, las que nos han movido a las consideraciones que siguen y que ordenaremos en tres vertientes.

1. "La escuela católica debe tomar en cuenta la realidad cultural que el educando trae consigo desde su ambiente. Educar implica ayudar a crecer a partir de lo que se tiene", dice la ponencia referida.

Es muy importante, pensamos nosotros, que el educador católico **no** trate de destruir con autoritarismos trasnochados ningún elemento de espiritualidad, por desorientado que le parezca, que traiga el educando. Antes bien debe, primero, demostrarle respeto por él; y, después, tratar de orientar estos elementos de espiritualidad porque son un tesoro de inapreciable valor para su orientación vital.

Hace unos pocos días, hemos presenciado personalmente, con estupor, cómo en un colegio católico se escenificaba, con burla y escarnio, un velatorio y entierro al uso campesino... Cuando estas ceremonias son, en realidad, una cantera riquísima de elementos culturales y espirituales milenarios, que el educador católico puede aprovechar para orientar a la juventud actual inmersa en un mar materialista desacralizante.

2. En la ponencia de monseñor Núñez destaca esta afirmación: "Esta sociedad requiere de un liderazgo cuya misión es eminentemente moral, que devuelva al hombre **la dirección de su propio destino** por la puesta en vigor nuevamente de los valores que configuran **su dignidad de hijo de Dios**".

Añadiríamos nosotros, como corolario de esto, que la formación

cristiana de nuestra época debe orientarse hacia la libertad —precisamente “para devolver al hombre la dirección de su propio destino y su dignidad de hijo de Dios—”. Esta palabra libertad, si hemos de ser veraces y claros, representa el verdadero ideal humano. El hombre formado en libertad queda capacitado para orientar racional y coherentemente su vida y así lograr su felicidad personal que es, a la larga, la meta esencial, humanamente hablando, de la existencia.

Las señales de los tiempos que nos han tocado vivir son la **comunicación, la verdad y la libertad**. La primera ha puesto al alcance de la segunda y la tercera posibilidades casi infinitas. No es posible hoy ocultar nada, pues los medios de comunicación han llegado a un máximo de perfeccionamiento y de extensión.

Por otra parte, los instrumentos científicos ofrecen hoy inmensas posibilidades de investigar la verdad de las cosas y de los hechos. Y la satisfacción personal, interna y externa, teórica y práctica, que proporciona el disfrute pleno de las libertades individuales es hoy el ideal mundial. Lo prueba el uso constante —muchas veces engañoso— de la palabra libertad, como divisa política, dentro de las más encontradas tendencias partidistas.

Podemos resumir señalando que se deberá “documentar” en libertad, para lograr educar la sujeción en la cultura convivencial cristiana:

Debemos aspirar a mover al estudiante a una inquietud y una curiosidad permanente, no momentáneas, y para esto se insistirá en los planteamientos más claros y documentados posibles, insistiendo constantemente en el máximo valor y la mayor responsabilidad que representa la libertad que goza el ser humano para decidir y orientar su pensamiento.

Estimamos que éste es, en nuestra época, el óptimo camino al alcance de los centros de educación auspiciados por la Iglesia Católica.

3. La ponencia de monseñor Núñez nos trae, “tomado de la Declaración Conciliar “Gravissimum Educationis” —que “la escuela católica persigue en no menor grado que las demás escuelas, los fines culturales”.

La ponencia que comentamos, por tanto, parece enfatizar en aquel difícil camino hacia la fe que es la cultura. Camino tal vez el más apropiado para una época como la que vivimos de tan alto desarrollo intelectual.

La Iglesia Católica Apostólica y Romana, a la que proclamamos pertenecer, está tan relacionada con nuestra cultura que no puede desvincularse una de la otra. Por esto hemos de exigir al educador católico que adquiera los conocimientos histórico-culturales necesarios para que, al transmitir éstos a los educandos, los ponga en aptitud personal e intelectual de comprender y aceptar el mensaje de salvación del Evangelio.

Con esto se podrá llegar al objetivo que apunta la ponencia de monseñor Núñez: “La escuela católica será un punto donde converjan una actividad cultural y una actividad eclesial”.

Precisamente, añade monseñor Núñez, “uno de los elementos más novedosos de Puebla, es la relación que hace entre la fe y la cultura, analizándola desde la perspectiva histórica”.

Resumiendo todo lo expuesto, podríamos dar como orientación al educador católico de nuestra época que debe valerse en su misión del arduo, pero seguro, camino del conocimiento de la cultura y de la Iglesia Católica —tan relacionadas que, como dijimos, no puede desvincularse una de la otra—; de la difusión de estos conocimientos dentro del más estricto campo de la libertad y el mayor respeto a la realidad cultural de los educandos, para así desempeñar la misión evangélica a que por su bautismo y vocación está llamado por Cristo.

